

RÓMULO GALLEGOS Y LA TENTACIÓN DEL CAUDILLAJE EN VENEZUELA

Concepción Reverte Bernal*

Recibido: 28 Julio 2004 / Revisado: 15 Septiembre 2004 / Aceptado: 20 Octubre 2006

El 23 de noviembre de 1984, hace ya veinte años, en el centenario del nacimiento de Rómulo Gallegos, el narrador venezolano Salvador Garmendia, entonces diplomático en Madrid, impartió una conferencia en la Diputación Provincial de Cádiz que tuve el privilegio de escuchar, sobre este gran escritor caraqueño que fue además Presidente de su país. En la conferencia, Garmendia hizo un encendido elogio de la personalidad y obras del escritor regionalista, lo cual me pareció particularmente interesante por dos razones: Por una parte, Salvador Garmendia era conocido como un hombre de izquierdas, de formación marxista, y su elogio de la figura de Gallegos suponía cierta aceptación de una posición política distinta a la suya. Por otra, Garmendia es considerado uno de los representantes principales de las últimas generaciones del “boom” hispanoamericano, y de todos es sabida la inclinación paricida de estos autores respecto a la generación mundonovista anterior, por considerarla superficial. Garmendia en su elogio de Gallegos no sólo no rechazaba a su predecesor literario, sino que ensalzaba su profundo conocimiento de la realidad venezolana, pese a que el enfoque de Gallegos dista bastante de la problemática urbana que predomina en el autor de *Memorias de Altigracia*.

Como pienso desde hace tiempo y así explico en mis clases de Literatura Hispanoamericana, hay una lectura superficial de Gallegos que simplifica enormemente sus contenidos, convirtiéndolo en un escritor paisajista de ideas sencillas; sin embargo, si uno analiza con mayor cuidado sus obras, advierte que el caraqueño planteaba problemas profundos sin soluciones claras¹, y que, como se hace patente por el título que he dado a mi artículo: “Rómulo Gallegos y la tentación del caudillaje en Venezuela”, siguen estando vigentes. Con Gallegos sucede como con tantos otros escritores universales, en los cuales hay que diferenciar las manifestaciones verbales y actuaciones públicas de las ideas que encierran sus obras, las cuales revelan la cara íntima de su pensamiento. Por poner tres ejemplos de escritores notables, donde es claro el distanciamiento entre la posición del hombre público y la obra literaria: En relación a Mario Vargas Llosa, tal como ha subrayado mi amigo el crítico Roy Boland, es preciso distinguir al hombre público conservador que es, del revolucionario de izquierdas que late en sus novelas. En el caso de Alejo Carpentier, como ha puesto de relieve Roberto González Echevarría frente a Alexis Márquez Rodríguez, hay que separar al comunista aparente-

* Profesora Titular de Filología en la Universidad de Cádiz, España. E-mail: concepcion.reverte@uca.es. Este artículo está basado en una ponencia presentada al IV Seminario Internacional “Nuestro Patrimonio Común”, celebrado en Cádiz del 21 al 23 de abril de 2004.

¹ Coincido con Carlos Pacheco, cuando dice en “Pensamiento sociopolítico en la novela galleguiana”, en *Rómulo Gallegos. Multivisión*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1986, 116: “Esto que afirmamos es hoy día aceptado como cosa obvia. Y sin embargo, mucha crítica contemporánea sigue basando sus interpretaciones sobre una equivalencia simplista entre la obra literaria y las opiniones o tomas de posición ideológica de su autor. Tales consideraciones parecen especialmente pertinentes en el caso de Rómulo Gallegos, dadas las circunstancias de su vida como hombre público y las características peculiares de su producción intelectual, donde ambos sistemas discursivos antes mencionados encontraron expresión, siendo fácil encontrar correspondencias entre ellos”.

mente convencido que era, del revolucionario discrepante o dudoso de la solución armada que hallamos en su narrativa. Mientras que Gabriel García Márquez es uno de los escasos escritores hispanoamericanos que continúan defendiendo de modo notorio el régimen de Castro, la lectura de sus obras muestra a un escritor bastante conformista, con una denuncia política menos perceptible; para mí, pocas obras pueden representar mejor la decadencia actual del dictador de Cuba que *El otoño del patriarca*, del escritor colombiano.

Si Gallegos en sus manifestaciones públicas era un demócrata convencido, leyendo sus novelas (me centro aquí en las cuatro principales), uno advierte que se siente tentado por la figura del caudillo, no rechazándolo, en general, sino planteando la diferencia entre un posible caudillaje bueno y otro malo, independientemente de su legitimación por las urnas. Garmendía, en su conferencia, recordó también el masivo apoyo de votos con el que Gallegos ganó las elecciones de 1947, siendo proclamado Presidente de la República a principios de 1948, lo cual, sin embargo, no le sirvió para mantenerse en el poder, ya que fue depuesto a los pocos meses, por un golpe de estado militar encabezado por Marcos Pérez Jiménez. En un país como Venezuela, que venera a ese gran caudillo de la Independencia que fue Simón Bolívar, no resulta extraña la búsqueda de otro prohombre que haga salir de una vez por todas al país de los problemas que lo atenazan.

Simultáneamente, Gallegos pudo reflexionar sobre el caudillaje malo a través de otros dirigentes de su país, como el dictador Gómez, cuyo hato "La Candelaria" sirvió de fuente de inspiración para su *Doña Bárbara*, con la conocida reacción entusiasta de éste, quien lo nombró a continuación Senador por el Estado de Apure². Gallegos, quien fue tachado de "arielista" por la idealización simbólica de sus novelas, trata de materializar sus ideas a través de los personajes de ficción, sin que ello suponga, a mi juicio, un desprecio del pueblo llano y menos aún la defensa a ultranza del europeísmo frente a lo autóctono. Él también rechazaba la "nordomanía" que denunciaba José Enrique Rodó en *Ariel* y José Martí en su célebre ensayo *Nuestra América*, recuérdese, a modo de ejemplo, el personaje Mr. Danger en la novela antes citada.

Como sucede con otros escritores de su generación, Gallegos se esfuerza por dar a conocer la ri-

ca y compleja realidad del país al hombre capitalino, cuya ignorancia era grande por las dificultades de las vías de comunicación y al no existir aún los medios visuales actuales (televisión, cine extendido, internet); exponiendo, como hizo Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra*, que el dirigente o dueño de hato o hacienda había de ser guacho-guacho, es decir, peón, antes que hacendado. La primera gran novela de Gallegos: *Doña Bárbara* (publicada por primera vez en 1929), nos presenta la formación simbólica del protagonista: Santos Luzardo, quien pasa de ser un caraqueño ajeno a la realidad del interior, a convertirse en un hacendado consciente, a través de su educación vital en el llano, donde debe enfrentarse a la fuerza de la barbarie, encarnada por la protagonista. Como se sabe, la discusión sobre civilización y barbarie, propia del XIX hispanoamericano, entronca con el famoso ensayo de Sarmiento y continúa siendo actual en la política internacional, por el conflicto entre el Islam y Occidente. Para Gallegos, la civilización debe de pasar por un proceso de riesgo de barbarie, para poder comprenderla y ejercer de modo fecundo su acción transformadora; así, en esta misma novela, antes de la unión simbólica entre Santos Luzardo y Marisela, la hija de Doña Bárbara, el joven se ve sometido a la tentación de tomar la justicia por su mano, cometiendo un homicidio, en un falso desenlace de la novela. Las palabras con que concluye el capítulo correspondiente, que se titula significativamente "La hora del hombre", son: "Era el comienzo del buen cacicazgo. La hora del hombre bien aprovechado".

Si los protagonistas masculinos de las obras principales de Gallegos sienten la presión de la barbarie cuando se aproximan al asesinato, con sus mujeres sucede algo análogo cuando son víctimas de violaciones y estupros, como ocurre con Doña Bárbara, cuya conducta queda determinada por la violación que sufrió siendo adolescente. En esta primera gran obra, la solución de la unión entre civilización y barbarie y la posibilidad de un caudillaje bueno gracias a ésta es mucho más simple, mientras que en sus novelas posteriores es como si Gallegos dudara de ello.

Estando exiliado en España, tras haber sido nombrado Senador por Gómez, Gallegos escribe sus siguientes novelas: *Cantaclaro* (publicada en

² Como se sabe, este hecho empujó al exilio al caraqueño. La anécdota la relata, por ej., Juan Liscano, en *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas, Monte Ávila, 1969.

1934) y *Canaima* (publicada en 1935). Gallegos se mantuvo en Madrid al margen de los círculos literarios, con un medio de vida ajeno a política y literatura (era jefe de ventas de una compañía). Esta distancia le permitiría hacer un examen más pausado de la problemática venezolana, que se vuelca en la mayor complejidad ideológica de las obras que acabo de mencionar.

Si *Cantaclaro* es considerada superficialmente sólo como una novela folclórica del llano venezolano, en la que ocupa un lugar central la figura del coplero, leída con más detenimiento permite ver un ahondamiento en la problemática del caudillaje, encarnada en sus personajes principales. En la novela se enfrentan dos tipos de caciquismo (que vendría a ser el nivel regional del caudillaje), uno bueno, representado por Juan Crisóstomo Payara, apodado “el diablo del Cunaviche”, y por los hermanos Coronado, apodado uno de ellos “Cantaclaro”, y otro malo, representado por personajes que cometen abusos de poder sobre los débiles.

Tal como se expresa en la novela, el deseo de imponer la justicia en Venezuela puede conducir a acciones violentas, ante el fracaso de las soluciones políticas, que ha ocasionado la pugna entre liberales y conservadores durante el XIX; lo cual viene a ser la defensa de un posible caudillismo revolucionario, al margen de las instituciones. Son, por ej., reflexiones de Payara en el texto³:

“En una palabra, quería que se administrase justicia, dentro de la más estricta aplicación de la ley, tal como ésta fuese, pero al mismo tiempo subordinándola a aquélla, a la gran justicia, para que le allanase el camino del tremendo escarmiento que debía hacerse en Venezuela. Y como en tales anhelos no era probable que hiciese carrera por el camino de la jurisprudencia, por donde realmente lo tiraba la vocación científica, el paradójico influjo del medio lo desvió a estudiar medicina.

La enfermedad de Venezuela no es para paños calientes y bálsamos anodinos, sino para hierro de cirujano. El que quiera redimir a este país de sus males tiene que inmunizarse, primero contra la compasión”.

Tal como se apunta aquí, el desencanto ante la debilidad de los partidos políticos tradicionales conduce a una justificación del poder al margen de los mismos, lo que puede ser aplicado a la historia

próxima del país, recordando como la corrupción de los representantes de los partidos ha generado el apoyo popular a un liderazgo que desprecia los mecanismos institucionales. Gallegos fundaría un nuevo partido, Acción Democrática, en 1941, con el que accedió al poder en 1948.

En esta misma novela, el personaje Martín Salcedo evoca a Gallegos, un caraqueño que maldice el llano antes de conocerlo, y que después se transforma en un estudiante revolucionario que busca un caudillo militar para arreglar el país. Aquí también a los personajes principales les llega la hora de enfrentarse a su destino, cuando deben dejar la comodidad de sus hogares para pasar a la acción.

En todas las novelas de Gallegos tiene importancia la superstición. En *Cantaclaro* aparece un tipo humano propio de Hispanoamérica en el XIX, que es el santón que recorre los campos, arrastrando tras de sí hombres pobres, faltos de esperanza. En esta novela es denominado el profeta y recuerda al célebre Consejero de *Os Sertões*, de Euclides da Cunha, en el que está basada la excelente novela *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa. Nuevamente este personaje hace pensar en la actualidad internacional: un líder religioso o pseudorreligioso es capaz de movilizar masas populares (y a algunos intelectuales) al conferir orgullo y esperanza a poblaciones míseras y oprimidas que carecen de ella.

En *Canaima*, la novela de la selva de la Guayana venezolana, el protagonista, un joven de Ciudad Bolívar que desconoce la fiereza del paisaje selvático, sufre una transformación en su tránsito por la barbarie de la tierra. El punto de inflexión de este cambio se produce también cuando comete un homicidio, a partir de lo cual parece que va a vencer en él Canaima (el espíritu maligno de la selva), erradicando todo lo que suponía una conducta civilizada. Sin embargo, esto a la postre no ocurre, pues Gallegos postula un desenlace de compromiso, con Marcos Vargas integrado en la selva, pero enviando a su hijo mestizo fuera de ella para recibir una educación occidental. Como en las restantes obras principales de Gallegos, el protagonista es un hombre que debe enfrentarse a su destino, que es a la par individual y nacional.

En 1936 muere Gómez y sube al poder Eleazar López Contreras, quien inicia una apertura

³ Cito por *Cantaclaro*. Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 64, 66.

liberal, pidiendo a Gallegos que acepte el Ministerio de Instrucción Pública de Venezuela. Por desavenencias con López Contreras Gallegos abandonará el cargo siendo elegido poco después Diputado por Caracas. Es en estas circunstancias cuando escribe su siguiente gran obra regionalista: *Pobre negro*, publicada en 1937, donde se refiere a la región con predominio negro de Venezuela, que es Barlovento. En *Pobre negro* Gallegos traza una doble trama paralela: De una parte, lo político-social de modo grupal, que sería el problema de la integración de los negros en la marcha del país y las luchas entre liberales y conservadores, federales y unitarios, el campo y la ciudad por el poder. De otra, la historia amorosa, centrada sobre todo en la pareja formada por Pedro Miguel Candelas (pobre y mulato) y Luisana Alcorta (hija de hacendado y blanca); con cuya unión simbólica concluye la novela, con el consiguiente mensaje social y racial.

La novela comienza con el relato de la violación de una joven blanca, hija de hacendado, Ana Julia Alcorta, por un esclavo, al que llaman negro malo. Como acabo de mencionar, lo que en su origen fue una imposición violenta, acabará siendo en sus descendientes una unión gustosa.

En la narración se da cuenta de la formación de dos posibles caudillos buenos, de condición diversa, uno de clase alta y talante intelectual, que es Cecilio el joven, y otro, de origen humilde y hombre de acción, que es el citado mulato Pedro Miguel Candelas. El educador de ambos será Cecilio el viejo, al que se apodará repetidamente en la novela “el sembrador”, epíteto que no sólo alude a la parábola evangélica, sino que conviene decir que fue aplicado al político y gran ensayista José Vasconcelos, quien impulsó notablemente la vida educativa y cultural de México, principalmente tras la

Revolución, en los años veinte. Como sucedía en *Cantaclaro*, Gallegos no se atreve a dar una fórmula definitiva sobre cómo ha de ser un posible líder para Venezuela, pero sí hace un llamamiento a la búsqueda de un caudillo auténtico, que esté por encima de las discusiones de las facciones políticas, que provocan la ruina del país. Como en anteriores novelas, las pugnas políticas del XIX se proyectan en los males del siglo XX y la crítica a los fallos del sistema colonial español en esta obra, pueden entenderse asimismo referidos al neocolonialismo posterior de los Estados Unidos. Aquí también se habla del caudillo mesiánico que espera el pueblo venezolano y que tiene su caldo de cultivo en el deseo de salir de la miseria de los más humildes, como son los descendientes de los antiguos esclavos.

El personaje más curioso de la novela es, sin duda alguna, el educador, Cecilio el viejo, que ejerce su influencia sobre los más jóvenes con métodos no convencionales. Es preciso considerar la dedicación a la enseñanza de Gallegos y su formación en gran parte autodidacta, junto con el concepto revolucionario de educación de otros venezolanos ilustres, caso de Simón Rodríguez, el otro preceptor de Bolívar, quien, adelantándose a su tiempo, hacía hincapié en la diferencia que existe entre instruir y educar. El novelista y ensayista venezolano Arturo Uslar Pietri dedica a este personaje histórico su excelente *La isla de Robinson*.

Estas breves notas, sirven para poner de relieve la importancia de la reflexión sobre el caudillaje, sus virtudes y sus males, en las obras de Rómulo Gallegos, discurso que, repito nuevamente, no resulta baldío, sino que está de plena actualidad, en relación a las vicisitudes políticas que está atravesando su país, Venezuela.

BIBLIOGRAFÍA

- Celli, Bruni (1986), “Acción política”, en J. Pardo; Óscar Sambrano Urdaneta (coords.), *Rómulo Gallegos. Multivisión*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 135-154.
- Gallegos, Rómulo (1981a), *Cantaclaro*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Id. (1981b), *Doña Bárbara*. Madrid, Espasa-Calpe. Edición crítica, Charles Minguet Coordinador, UNESCO, Archivos.
- Id (1982), *Pobre negro*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Id. (1984), *Canaima*. Barcelona, Plaza & Janés, Edición crítica por Charles Minguet (coord.), UNESCO-Archivos.
- Liscano, Juan (1969), *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas, Monte Ávila.
- Pacheco, Carlos (1986), “Pensamiento sociopolítico en la novela galleguiana”, en J. Pardo; Óscar Sambrano Urdaneta (coords.), *Rómulo Ga-*

- llegos. Multivisión*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 113-134.
- Ruiz, Gustavo Adolfo (1986), “Ideas educativas”, en Isaac J. Pardo; Óscar Sambrano Urdaneta (coords.), *Rómulo Gallegos. Multivisión*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 97-112.
 - Sabin Howard, Harrison (1976), *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila.